

CON AMOR A LA EDUCACIÓN

With love to education

HUGO MONTES BRUNET*

Resumen

El artículo nace de experiencias pedagógicas personales antes que de determinados estudios teóricos. El amor a la disciplina enseñada y a los alumnos es el valor agregado necesario a la labor educativa. Debemos superar al Instructor y al Pedagogo y proyectarnos como Educadores que buscan el crecimiento armonioso de la persona del alumno, no únicamente de su intelecto. Esta exigencia es particularmente necesaria en el mundo globalizado, competitivo y pragmático en que vivimos. El curriculum oficial debe facilitar el gusto de los profesores por la educación, a través de una redacción sencilla y clara y de contenidos mínimos y no máximos.

Abstract

The ideas expressed in this article are part of personal pedagogical experiences. Love affection to both the discipline and the students is the additional value to educational work. We have to go beyond the idea of "the instructor" and "the teacher" and to project ourselves as educators who are seeking out for the harmonious growing of the student. These demands are particularly relevant in the present globalized, competitive, and pragmatic world we live in. The official curriculum must facilitate the teachers' pleasure for education.

* Premio Nacional de Ciencias de la Educación, 1995.

Con amor a la educación

1. Más de una vez me he preguntado cómo y por qué nació mi vocación pedagógica. Nadie en mi familia había incursionado en la docencia. Abuelos y tíos agricultores, padre empleado de Banco, hermanos y cuñados ingenieros, abogados, constructores... Mis profesores eran en su mayoría sacerdotes extranjeros, generosos, muy capaces intelectualmente, pero yo los sentía distantes de muchas de mis inquietudes de joven. Las profesoras de mis hermanas eran religiosas venidas de Francia, buenas, enclaustradas, con tocas y hábitos muy almidonados. Ya en la Universidad, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, los catedráticos eran en su mayoría profesionales distinguidos que entregaban generosamente parte de su tiempo a clases con fondo de códigos y leyes que había que memorizar. Tan pronto las terminaban desaparecían sin que dieran mayor margen para discutir o conversar. Alguna excepción en Historia o Filosofía del Derecho –Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, por ejemplo– no alcanzaba a contrarrestar la ausencia de modelos necesarios para jóvenes recién egresados de la Enseñanza Media deseosos y necesitados de asomo a ideales grandes. Todo se daba en esos años del cuarenta para evitar los estudios de pedagogía. Carreras promisorias eran las tradicionales: Leyes, Ingeniería, Medicina, Arquitectura. Y si, piadoso y generoso, soñabas con algo distinto, podías pensar en el sacerdocio. Más cuando ahí sí que se encontraba a quienes con su vida y sus palabras encantaban a muchos: el Padre Alberto Hurtado, en primer lugar.

La luz de la docencia me llegó inesperadamente por dos vías distintas que pronto convergieron en la decisión de ser profesor: el camino de la poesía y el camino de los niños. Descubrí y amé los poemas de Alberti, Neruda, Aleixandre, Juan de la Cruz; y me entusiasmé con la idea de llevar esos y otros textos a niños y jóvenes que había ido conociendo en viajes a provincias o por encuentros más o menos esporádicos en Santiago.

Lo que al principio fue mera intuición, posibilidad más o menos remota, dio pronto en necesidad urgente. Había que romper la iner-

cia y la tradición. Era indispensable escuchar la voz interior de la autenticidad. Prepararse para profesor pasó a ser un desafío grande, que a ratos dolía, pero que en lo más acuciaba hasta con ribetes de heroicidad. Valía la pena incursionar por lo desconocido. El mundo sería más entretenido y variado.

2. Este origen poético y humano se mantuvo y aun se acrecentó durante los cinco años de estudios en el Pedagógico de la Universidad de Chile. Pasó a ser el fundamento y el norte de la nueva carrera. Fue un descubrimiento ajeno a cualquiera disquisición teórica. Nació y se desarrolló como una vivencia inherente al estudio, primero, y luego al trabajo mismo de enseñar. Se iba a hacer la clase sin temor, sin rabia, sin pensar siquiera en remuneraciones económicas o de prestigio. Se iba con naturalidad y con simpatía, palabra esta última que tiene que ver con una suerte de atracción interior, fuerte, inevitable. Si eres profesor de verdad, te gusta desde el entorno físico de la escuela hasta la ingenuidad encantadora de los pequeños y la crítica y el “desorden” de los adolescentes. Te encantas con todo, también con los problemas y las desilusiones. Nada de masoquismo, sino la consecuencia natural del doble amor en que nació la vocación. Estás cumpliendo con ella. Ya se sabe, la verdadera vocación se reconoce por la paz que deja en el interior. Esta paz no elimina las dificultades ni las preocupaciones, pero les da sentido. Se convive en armonía con lo adverso haciéndolo llevadero. La paz del corazón es el fruto de la elección acertada. Lo asegura quien pasó años en una tarea que no era la suya. El mismo que se ha desempeñado como profesor de aula durante más de medio siglo. El encanto del comienzo no ha disminuido. Al contrario, igual que el amor maduro en el matrimonio unido, ha ido creciendo hasta la plenitud.

3. Muchas cosas y situaciones cuentan especialmente por cierto añadido a ellas mismas, lo que en jerga económica se llama valor agregado. No es lo mismo exportar determinadas materias extraídas directamente de la naturaleza, que exportarlas luego de cierta elaboración. El cobre o la madera tienen una importancia significativa por sí mismas, pero se puede obtener por ellas muchísimo mayor

precio si se las vende como cobre refinado que en bruto, o como tablones o tablas que como meros troncos. Esta manufactura, propia de un país en desarrollo o desarrollado, es un añadido humano que se vincula directamente con el adelanto científico y tecnológico, expresiones ambas del avance educacional. Todo valor agregado descansa así a la postre en la mejor enseñanza, en la mejor educación de los pueblos.

Pero cabe la pregunta: ¿Y, a su vez, la educación no tiene posibilidad de un mayor rango si ella misma lleva un valor agregado? ¿Y cuál es, sería, este valor agregado?

No dudamos en la respuesta afirmativa: sí para que la educación sea tal y valga en todo lo que ha de valer, sea apreciada por los demás y sirva cabalmente a las personas y las instituciones, al país mismo, ha de llevar el valor agregado del amor.

Esta última palabra está tan gastada y tan traída y llevada por quienes muchas veces ignoran su verdadero alcance, que cuesta pronunciarla. Ahí está, sin embargo, como la más noble e importante del idioma, de todos los idiomas: Amore, Liebe, Amour, Love, Amor... Sólo que hay que precisarla y llevarla al mundo noble que por naturaleza le corresponde.

En nuestro caso el amor se vincula básicamente a la materia que se va a enseñar y a las personas a las que se va a enseñar, a los alumnos. Vamos por orden.

4. Sí, importa mucho destacar y señalar el camino del amor a la materia que se enseña, algo central en la pedagogía. Es difícil ser buen profesor de Matemática si se aborrece los números o de Historia si no atrae el pasado. Yendo a lo positivo, para enseñar exitosamente una asignatura, hay que estar prendado de ella, hay que creer en ella, hay que entusiasmarse con ella. El entusiasmo es tan contagioso como el desánimo. Y los alumnos lo saben o lo intuyen muy pronto. El profesor que no vibra con su especialidad poco o nada transmitirá de ella. Felizmente parecen superadas aquellas decisiones antiguas: “Por sacrificio, madre, usted se va a encargar de la

clase de Química, el ramo que menos le gusta”. No se trata de sacrificarse ni, menos, de sacrificar a los cursos, sino –todo lo contrario– de encantarlos con lo que de verdad encanta al profesor. Ello supone más que entusiasmo pasajero. El gusto hondo y permanente lleva a estudiar y aun a investigar, a sistematizar, a relacionar, a imaginar presentaciones distintas y atrayentes, a esa suerte de imantación de que hablaba Platón al referirse a la poesía. La sabiduría es como un imán, que comienza en la Idea –realidad platónica–, pasa a quien se enamora de ella, y de él al que lo escucha con interés y con gusto. Son eslabones sucesivos de una misma cadena. Si uno falta, la cadena se rompe y el perjudicado es el que sería el último de los eslabones. Materia, profesor y alumno, siguiendo el ejemplo del filósofo griego, integran este continuo. El profesor está en el centro y tanto debe mirar hacia arriba –la materia amada– como hacia abajo –el alumno querido–. Gran responsabilidad, la del profesor, para que ese continuo de encanto y de entusiasmo se mantenga, se intensifique y se prolongue hacia los discípulos del discípulo. Estamos destinados a ser progenitores de sabiduría y de entusiasmo. ¡No eludamos destino tan alto!

5. Y ahora, más importante todavía, el camino del amor a las personas. El amor es aquí un deseo eficaz de procurar el bien de los alumnos. Es una inclinación a favorecerlos íntegramente en toda su persona. Y favorecerlos es procurar su desarrollo tanto físico como intelectual, afectivo, social, artístico, espiritual. Es no quedar tranquilo mientras no alcancen la plenitud que les corresponde en su individualidad y en su convivencia. Es conocerlos en sus fortalezas y sus debilidades, saber de su entorno familiar y de sus proyectos de vida.

Sí, amar es conocer. Y ese conocimiento cordial aumenta y facilita los cauces de su adecuada expresión y consiguientemente de las vías de ayuda. Amor es apertura a los niños y jóvenes, intento por ponerse en su lugar para comprenderlos y estimularlos y, si es del caso, también para reprenderlos. El amor lleva al profesor a preparar mejor las clases, a presentar la materia con entusiasmo, a hacer participar a los alumnos y a tratar de encantarlos con el quehacer co-

mún. Terminada la clase, el amor se prolonga en el interés por hacer de la tarea rutinaria y tediosa de corregir pruebas una forma de ayudar, no regalando notas, sino revisándose a sí mismo cuando las fallas sean generalizadas, no menos que alegrándose con los buenos resultados. Amor es seguir pensando en el alumno que rindió menos por la separación de sus padres o por su baja autoestima. Amor es rezar para que el crecimiento sea armonioso y lleve a cada uno a la estatura que le corresponde.

En resumen: el amor es la forma más rica de vivir el quehacer docente. Este ya no es mera profesión ni –menos– sólo legítima manera de ganar dinero, sino una forma de vida que pasa de uno mismo al otro, a los otros. Es gratuito en la misma medida que no pide retribución: no se exija agradecimiento al que no sabe que debe agradecer. Pero al respecto haya confianza. El desamor de los alumnos a veces no es tal, sino incapacidad de expresar lo que tienen dentro o es apenas un sentimiento que madurará en el futuro. Y más confianza aun, de acuerdo con lo que alguna vez escribiera San Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, ponga amor y obtendrá amor”.

Hay momentos en la vida escolar que reclaman con particular insistencia el amor del profesor. Por ejemplo, cuando el alumno sufre por razones de soledad, por sentirse abandonado, por creerse incapaz de realizar quehaceres que se le solicitan. Según los casos, el sufrimiento puede llegar a las lágrimas y hasta la desesperación. El desamparo real o imaginado exige una presencia distinta del adulto, y esta presencia, más allá del aula y de la nota, tendrá que expresar el amor ya señalado en forma de cariño. No temamos a esta palabra, que últimamente suele ir acompañada de entornos riesgosos. La prudencia será siempre necesaria, pero ¡cuidado con que la prudencia mal entendida o exagerada lleve a desatender a quien necesita imperiosamente afecto, comprensión personal, intimidad!

Cuando se vive en una familia sin unidad, estos momentos suelen darse con mayor frecuencia y con mayor intensidad. El profesor y la escuela pasan entonces a constituir un refugio hogareño inapre-

ciable. Y no hay hogar sin cariño. Bien sabemos de las crisis familiares del Chile actual. Todos los grupos sociales las sufren y en ellas, particularmente los niños, los adolescentes, los jóvenes. Lo que antes era un excepción es hoy día moneda corriente. Por lo mismo, las situaciones que en otras circunstancias eran escasas se han hecho cotidianas, y el profesor cabal no puede ni debe eludirlas.

6. Quisiera ahora llevar estas declaraciones básicas y generales al quehacer mismo de los profesores. Me parece que hay varias maneras de ser profesor. Simplificando y con el riesgo de hacer caricatura, pueden señalarse a lo menos tres, a las que podrían llamarse con los nombres de Instructor, Profesor Pedagogo y Educador. Son tres puntos de una misma línea. A menudo estos puntos se superponen, no se excluyen unos con otros y de alguna manera se complementan entre sí.

El instructor dirige su tarea principalmente a las cabezas del alumnado. Las ve en su vacío y se esmera en rellenarlas de conocimientos. Pasa abundante materia y queda tranquilo cuando la comprensión y la memorización han funcionado dignamente. Los jóvenes aprendieron y lo demuestran en las interrogaciones orales o escritas. Hay buenas notas, los papás están contentos, la Dirección del establecimiento felicita y recibe felicitaciones. El SIMCE y las PSU se ven promisorios. Parece que la tarea docente se cumplió a cabalidad. ¿Qué más podría pedirse?

La crítica suele venir de las universidades. Rectores y Decanos dicen a menudo frases como estas: la Enseñanza Media no enseña a pensar. Recibimos alumnos que no jerarquizan su saber, que no asocian con inteligencia, que son incapaces de inferir lógicamente, que no tienen capacidad de observación, que leen poco y mal. Necesitamos cabezas bien formadas antes que cabezas llenas. Ultimamente las críticas han arreciado porque –se asegura– muchos alumnos ni siquiera saben escribir. Las críticas más duras afirman categóricamente, exagerando, que los jóvenes no saben nada y que en la Universidad hay que empezar a enseñar desde el cero. ¿Falló la memoria? ¿Por qué la enseñanza no caló hondo?

Viene entonces otra manera de docencia, la del profesor pedagogo. ¿En qué consiste su quehacer? La respuesta surge con seguridad: está claro que no basta con llenar la cabeza de conocimientos, sobre todo si se sabe que muchos de éstos serán reemplazados por los que aporta en su avance admirable la investigación científica. ¿A cuenta de qué atiborrar a los jóvenes con materias “desechables”, que a los 4 ó 5 años estarán obsoletas? Importa más aprender a aprender que simplemente aprender. Hay que capacitar a los alumnos para que piensen en orden, infieran con lógica, argumenten sensatamente. Memorizar es tarea secundaria o de tercera importancia frente a la intuición y la creatividad. Se recomienda reducir los contenidos de materia y mejorar las metodologías, la evaluación y la programación curricular. Importa más el cómo enseñar que las disciplinas mismas del curriculum. La pedagogía es una ciencia antes que un arte y debemos vivirla prioritariamente durante 4 ó 5 años de preparación, si queremos ser buenos profesores. El espacio para aprender Gramática, Historia, Ciencias Naturales, Geografía, Matemática queda obviamente muy reducido, pero ello no parece relevante ya que lo fundamental es la pedagogía misma. Esto cuenta sobre todo en la preparación de los profesores de Básica que normalmente llegan a ejercer su profesión con escasos o nulo dominio de cualquiera disciplina científica, humanística o artística. Saben bien cómo enseñar pero no saben qué enseñar. Es como un abogado que se hubiera preparado bien en Derecho Procesal e ignorara el Derecho civil o el Código penal.

Con el profesor pedagogo se avanzó en la capacitación intelectual de los alumnos, los que ya no sólo tienen la cabeza repleta de datos, fechas, definiciones y estructuras; son jóvenes con la cabeza bien formada que discurren con inteligencia y saben distinguir lo principal de lo secundario, lo necesario de lo contingente, las causas y las consecuencias de los fenómenos estudiados. Conocen menos cosas pero las conocen mejor.

7. Está bien, sólo que estas dos maneras de ser profesor apuntan a la cabeza de los alumnos. ¿Y el resto de la persona? ¿No hay corazón

en ellos? ¿Ni afanes estéticos y de desarrollo físico y social? ¿No hay que atender sus ansias de una vida sobrenatural honda?

No tenemos mayores maestros en nuestro mundo cultural que Sócrates y Jesús. Sorprende que, siendo ambos tan doctos e inteligentes, hablaran bastante poco de la inteligencia. Jesús nunca dijo “Bienaventurados los que conocen bien las Escrituras”. Hablaron los dos de ideales que constituyen sabiduría, como el bien, el amor, la belleza. Hablaron de lo que hoy nosotros llamamos valores. No fueron “intelectuales”, y está claro que distaban de considerar el intelecto como facultad única o principal.

A tal propósito viene la tercera manera de ser profesor, que mejor podría llamarse la del educador. Este busca el desarrollo armónico del niño o del joven. No se contenta con darle conocimientos ni herramientas para renovar los ya adquiridos. Sabe de la importancia del intelecto, pero no lo endiosa a costa de otras potencias humanas. Acompaña al alumno en su crecimiento total, desde el del cuerpo hasta el del espíritu, y procura que él mismo saque de sí –autoconociéndose y autoestimándose– lo mejor de su persona. Esta no se agota en ninguno de sus componentes, porque es un conjunto que se integra a la tradición y al entorno familiar no menos que a su proyecto de vida y a su legítimo anhelo de felicidad. La persona se da dentro de determinadas coordenadas de tiempo y de espacio, las que deben ser conocidas por el educador. El “yo soy yo y mi circunstancia”, proclamado por Ortega y Gasset, exige al verdadero educador un esfuerzo para saber de esa circunstancia, y aprovecharla y utilizarla en bien del pupilo. ¿Cómo es el hogar de éste? ¿Cuáles son sus amigos y adversarios si los tiene? ¿Por qué cosas y proyectos se interesa especialmente? ¿Qué tal la confianza en sí mismo? ¿Y sus sueños, sus lecturas, sus obsesiones, sus rechazos? Nada de esto puede serle ajeno al educador. Nada le es indiferente. Al contrario, todo le interesa y –más– todo lo ama en la misma medida que ama al alumno, que poco a poco se va transformando en su discípulo.

8. De ideas y vivencias como las anteriores nació un largo trabajo docente, la rectoría en el Saint George’s y nacieron los Colegios San

Esteban Diácono (1987) y, luego, sus hermanos San Felipe San Nicolás. También artículos, conferencias, entrevistas, muchas conversaciones. Y –más importante– el Proyecto Educativo de los colegios diaconales. Ya van 18 años de establecimientos “propios”, frase que asusta un poco por la responsabilidad que conlleva. Afirmación que a la vez alegra y obliga a dar gracias al Señor –único Maestro– y a tantos y tantos colegas, padres de familia, alumnos y ex alumnos. La experiencia de lo “propio” es hermosa, porque ha sido una “propiedad” compartida, enriquecida por logros y debilidades, éxitos, dificultades, desafíos sin fin. La praxis no ha hecho sino confirmar aquellas ideas y propósitos. La realidad no ha desmentido sino confirmado lo que una vez fue sólo ensueño.

Pero... Sí, hay un “pero” grande y complejo que dificulta enormemente la armonía entre lo deseado y lo que se lleva a cabo en la realidad. Es algo que va más allá de lo personal y de este u otro establecimiento determinado. Tiene que ver con el país y, quizás, con gran parte del mundo en que vivimos. Por lo mismo, cuesta expresarlo en pocas palabras. Conviene, sin embargo, hacer el esfuerzo necesario de claridad y precisión precisamente por ser algo de trascendencia.

Se trata del cambio de sensibilidad y valores que observamos en numerosos padres de familia y, aunque en menor escala, en los estudiantes mismos. Si hasta hace pocos años lo que más interesaba a aquéllos era la felicidad de los hijos, el que estuvieran a gusto y fueran acogidos con afecto, que tuvieran buenos amigos y que crecieran dentro de un marco valórico afín al suyo y objetivamente sano, hoy preguntan ante nada por los resultados en las últimas promociones y en el ingreso a tal o cual Universidad. Les importa sobremanera el ranking y las cifras. El afán competitivo propio de la sociedad actual ha llegado de lleno a la educación, y todos o los más apuestan en ella por los primeros lugares. Hay que ser Top ten, como en el tenis, a cualquier precio. La explicación no es la vanidad ni el mero deseo de ganar. Aquí no hay la menor gratuidad. Se trata de seguir en el afán de competencia propio de una sociedad en desarrollo abierta a los

tratados de libre comercio con los Estados Unidos y con los países asiáticos. En el reino de la globalización nadie puede quedar rezagado. El inglés –y luego será el chino o el coreano– es tan importante como la lengua materna. Hay que ser prácticos. ¿A cuento de qué estudiar literatura o filosofía si lo que necesitamos es el dominio tecnológico y la rapidez en los negocios? Preocúpate de hoy y de mañana, que el pasado ya pasó. ¿Para qué entonces tanta historia, arte, o religión?

Preguntas de este tipo o similares golpean en todos los hogares y llegan a las puertas de los ministerios y a las direcciones de escuelas, liceos y universidades. Las respuestas son categóricas. Los planes y programas oficiales de educación han disminuido notoriamente los contenidos de la historia universal y de historia patria y han suprimido el estudio de historia de la literatura. Las pruebas oficiales no incluyen arte ni ciencias naturales, la PSU aborda obligatoriamente sólo Lenguaje, Matemáticas y Ciencias Sociales. Obviamente estas son las asignaturas subrayadas por los colegios, padres de familia y alumnos, con la consiguiente disminución en el hecho de todas las restantes. Es conocido, además, que algunos establecimientos sencillamente suprimen dos meses antes de la prueba oficial la enseñanza de todas las asignaturas salvo las que van a entrar en ésta. La decisión la han tomado, más que por favorecer a los alumnos, para que el establecimiento aparezca en los primeros lugares de la competencia. Conocido es también que no pocos liceos excluyen de dichos exámenes a alumnos de bajo promedio, con el ánimo de que el promedio de notas aumente. O sea, se privilegia el prestigio de la institución por sobre el bien de los alumnos mismos. Este prestigio es básico para la retención de alumnos y para las nuevas matrículas, es decir, para los resultados económicos y aun de subsistencia de los establecimientos.

Añádase que por tratarse de pruebas nacionales, la corrección es necesariamente mecánica, a través de la computación. Los resultados numéricos nada dicen ni nada pueden decir de matices emocionales ni –menos– de las características de los Proyectos Educativos

de cada establecimiento. Estos Proyectos que alguna vez fueron determinantes en la decisión para optar a cierto tipo de educación son relegados a la trastienda, porque la tienda misma está ocupada por las notas en tres asignaturas, de las diez o doce que el curriculum exige.

¿Esto es educativo? ¿Esto es lo que queremos para nuestros hijos, para la juventud chilena?

Hemos retrocedido a la tarea del Profesor Instructor, el que llena la cabeza de datos y definiciones, o –en el mejor de los casos– al del Profesor Pedagogo, que enseñó a distinguir lo principal de lo secundario, a reconocer y deducir, a asociar... No hay espacio, ni tiempo, ni medios para el Profesor Educador, sencillamente porque la persona no es lo que más importa en esta danza de cifras y competencias. La aprobación descansa sólo en determinados logros conceptuales, no en la realidad humana total, lo que es propiamente la persona. Esto es lo que tiene desconcertados a muchos profesores auténticos que no se resignan a dejar de ser lo que constituye su verdadera vocación: la de educar a la juventud.

Corremos el riesgo de retroceder a una educación plana, en la que legítimas y saludables opciones por desarrollar aptitudes y vocaciones artísticas, deportivas, idiomáticas, filosóficas, no son prácticamente posibles. El Humanismo queda así amenazado. En su reemplazo se alza un Pragmatismo relativista, ajeno a valores y a la mejor tradición nuestra.

9. Es justo reconocer muchos elementos positivos en la llamada Reforma educacional. ¿Cómo no alegrarse de que la cobertura de parvularia se haya más que duplicado en los últimos años o que se hayan construido muchas escuelas y liceos? ¿Cómo no celebrar la preocupación por capacitar a los profesores en ejercicio y mejorar la preparación de los futuros? Es bueno que haya más y mejor enseñanza de inglés. Excelente el proyecto de extender la obligatoriedad de la enseñanza hasta el cuarto año medio. Valioso el afán por disminuir la deserción escolar...

Lo que no es de celebrar, sin embargo, es el curriculum mismo, en especial el de los cursos de Media. ¿Por qué están redactados en una lengua innecesariamente abstrusa, en oraciones larguísimas difíciles de captar? Esta jerga pseudocientífica se traspasa a los textos de estudio, a las pruebas nacionales y a muchos profesores que las entienden poco o nada.

¡Qué retrasado quedó el poema “Los Profesores” de nuestro Nicanor Parra cuando ironizaba con las preguntas inocuas de muchos colegas y las contrastaba con la dolorosa realidad de las dos Guerras Mundiales y la soledad de la adolescencia al fondo del patio! Fácil sería añadir a las cuestiones del poeta –“Cuál es el acorazado más poderoso del mundo / cómo se reproducen los elefantes / inventor de la máquina de coser / inventor de los globos aerostáticos”– algunas posibles preguntas relacionadas con el curriculum nacional, cómo éstas: “Quién es el narrador heterodiegético / Distinga los términos analepsis, prolepsis, anatóricos, catatóricos / Qué sabe de la leyenda de Alcione y Leix / No confundan el eje paradigmático con el eje parasintalagmático”. Se comprende el optimismo del Ministerio: ¡no será tan difícil ahora aprender chino!

10. No sigamos buscando las causas del estancamiento educacional sólo en las diferencias socioeconómicas del alumnado ni en las deficiencias tecnológicas de determinadas escuelas; tampoco en el número de alumnos por curso o en la incompetencia de algunos profesores. Miremos antes cómo andamos por casa, por la casa ministerial, por ejemplo, que pone barreras innecesarias a los profesores y alumnos. Con ellas no se aprende más, no se enseña a pensar, no se afina la sensibilidad ni se desarrolla el espíritu creativo. Sólo se perturba y se desencanta a tirios y troyanos.

Qué importante es volver al encuentro simple y directo con el decir cotidiano, con los grandes poemas y las grandes novelas de ayer y hoy, con los dramas antiguos y modernos que, bien leídos y quizás representados, desarrollan el gusto, enseñan a escuchar y hablar, motivan la creación, afianzan la cultura. Hemos dado la espalda

a las grandes creaciones literarias. Muchos de nuestros alumnos crecen sin Cervantes ni García Lorca, sin Lope de Vega, sin Jorge Manrique, sin Blest Gana. Estos y otros grandes autores aparecen entre más de 500 nombres que los profesores deben seleccionar –¿con qué criterio?– para cumplir con la exigencia mínima de lectura de seis obras por año en la Enseñanza Media. ¡Y además con la exigencia insensata de que las obras respectivas sean de distintos géneros y de distintas épocas!

Esto es lo que tiene desencantados a muchos profesores y lo que impide el entusiasmo de los alumnos. Esto es lo que atenta contra la concentración de los alumnos y dificulta las relaciones entre asignaturas afines. Se ha retrocedido –lo decíamos– hacia el profesor instructor y, peor, hacia el instructor que enseña datos menores en un galimatías arribista y torpe. Nuestros profesores y nuestros alumnos merecen mucho más. Son capaces y generosos. ¿Por qué privarlos de lo grande y engolosinarlos con lo menor y enrevesado?

Deberíamos hacer un esfuerzo para repensar el curriculum de Básica y Media en términos de Sabiduría, no sólo de Conocimientos. Y en términos de Educación antes que de mera Instrucción. Se trata del desarrollo de la persona plena que es más que puro intelecto. La sabiduría descansa en el conocimiento, pero no en cualquier tipo de conocimiento; sólo en aquellos que son perdurables y pueden objetivamente ser considerados importantes para la persona y la sociedad. El recto crecimiento humano supone, además, modelos dignos de ser admirados e imitados creativamente. No hay contradicción entre estas dos últimas palabras, como no la hay entre tradición y cambio. Esos modelos son en última instancia lo que llamamos “clásicos”, que se dan en todos los tiempos y en las más variadas realizaciones del hombre, no únicamente en las artísticas. Tan clásico es Bach o Miguel Angel, como Kant o Einstein. Poner a los alumnos junto a estos artistas, filósofos y científicos implica conocerlos, asombrarse ante su valía, procurar comprender el esfuerzo estético, intelectual y científico o tecnológico con que alcanzaron la realización de sus obras, para así procurar observar, discurrir y recrear con ellos. No es repetir

lo irreplicable, sino apreciar lo que una vez se hizo y avanzar a la situación limítrofe de asomo al futuro con que ellos actuaron, por cierto desde la realidad individual y social de los cursos y los alumnos. El pasado facilitará la comprensión del presente y podrá orientar el quehacer futuro. Están también las realizaciones, por así decirlo, colectivas, de pueblos y naciones que en momentos estelares o de menos brillo cumplieron sus funciones históricas. Esto sobre todo en cuanto se relacionen con nuestro país.

El nuevo curriculum debería señalar Objetivos precisos y cabalmente Fundamentales, así como Contenidos realmente Mínimos y no máximos como ahora, dado sobre todo que tienen carácter obligatorio. Por cierto, además tendrán que ir adecuadamente concatenados, de modo que se relacionen entre sí de nivel en nivel y descansen en las posibilidades receptoras de los estudiantes. Importa también que sean flexibles, o sean adaptables al alumnado diverso del país, según sus regiones, y a la realidad misma de los cursos y, de ser posible, hasta de los individuos. Y que, en fin, estén organizados de tal modo que permitan la relación de asignaturas afines dentro de un determinado nivel. Ojalá las evaluaciones, mayormente las de carácter nacional, apunten más al logro de los Objetivos que al control de los Contenidos.

Claro que hay que avanzar en conocimiento, hábitos y destrezas. Es obvio que necesitamos capacitarnos para el mundo globalizado y competitivo en que nos toca vivir. Pero no avancemos ni nos capacitemos a costa de valores perdurables que den sentido al quehacer y a los buenos éxitos. El desafío consiste en mostrar que el crecimiento total y armonioso es posible y es necesario. El desafío es educar, término que incluye instruir con adecuadas herramientas pedagógicas, y no sólo enseñar. El desafío, en fin, es tener siempre presente que sin amor no hay verdadera educación.